

Aventuras en la tierra del castillo rojo

Francisco Manuel Luque Martínez



Aventuras en la tierra del castillo rojo

Primera edición: 2022

ISBN: 9788419127310

ISBN e-book: 9788419127853

© del texto:

Francisco Manuel Luque Martínez

© de ilustración de cubierta:

Mónica Tapia

© de esta edición:

2022, **mr.momo**

© maquetación y diseño:

Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3º
(41001 - Sevilla)

Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

¿Quieres publicar
tu libro con **Mr.Momo**?
escribenos a
info@mr.momo.es



*A mi madre.
A Miguel Ángel Sola.
A Antonio Molina.
A José Antonio López.
A José Manuel Cabrera.
A José Luis Lázaro.
Al resto de amigos y
amigas de mi infancia.
A mi mujer e hija.*

*Y, en especial, a Richar
(no recuerdo el apellido),
allá donde se encuentre...*

Capítulo I

De Pepe

Los doce años, una época extraña entre la niñez y la adolescencia, eres un niño para muchas cosas pero ya empiezas a pensar como hombre para otras, miras a las chicas de reojo porque empiezas a verlas de otra manera pero todavía te gusta hacer cosas con los amigos vinculadas a juegos de niños. Una buena época para tener aventuras, sobre todo si estás en el mejor lugar de la tierra, la ciudad que está presidida por el Palacio Rojo, antes de que aparecieran la videoconsolas y los *smartphones*, cuando casi no circulaban vehículos por sus calles, algunas de la cuales eran todavía de tierra prensada.

Mi colegio estaba a las afueras, en una zona despoblada de un barrio obrero donde convivían la pobreza, el desempleo y la droga, con la buena vecindad y a veces la caridad de aquellas gentes, de

manera que se conjugaban lo peor de una ciudad con lo mejor de un pueblo.

Por las mañanas de invierno, con mi cartera hasta los topes de libros que me hacían ir más encorvado de lo deseado, iba para el colegio, pero antes recogía a mi amigo Luis, un chico de mi quinta, de cara más aniñada para su edad, rubio y con ojos verdes, un buen compañero, aunque a veces tenía cavilaciones más propias de un crío de cinco años que de doce.

El día que comienza mi historia era el primero de clase, una radiante mañana de septiembre en la que ya desde temprano hacía el calor típico del sur, con un radiante cielo azulado. Mi amigo vivía en el bloque de pisos de la calle de atrás, una calle todavía sin asfaltar, de tierra apisonada, pero que a nosotros nos había venido genial para hacer agujeros con los que jugar a las canicas.

Cuando llegué, Luis ya me esperaba en su portal.

—Siempre tengo que venir a buscarte, a ver si vienes tú a por mí algún día. Hoy, por ejemplo, podría haber sido ese día —dije, molesto.

—Ya sabes que siempre me levanto tarde. Mi madre me llama, pero me gusta quedarme un ratito más en la cama, sobre todo en invierno, cuando se está ahí tan calentito —contestó Luis con su típica voz pachorra.

—Vale, pero, por si no te has enterado, todavía estamos en septiembre, y hoy no noto ni una brisa

fresca, todavía no creo que te tengas que tapar por las noches —le solté, cabreado.

—De todas formas, aunque me he levantado antes, hoy he llegado tarde porque tengo que presentarte a alguien.

—¿A alguien? ¿De quién estás hablando? —pregunté, extrañado.

—Es que quiero presentarte a Pepe, un chico que se ha mudado al barrio. Lo conocí ayer, resulta que va a nuestro colegio también, ¡y es de nuestra edad!

—¿Dónde vive? —pregunté con cierto celo.

—Pues en tu calle, precisamente. Ven, vamos a por él y te lo presento.

Luis me cogió del brazo y tiró para que lo siguiera. De nuevo estaba en mi calle, en el bloque de pisos del final de esta, donde nos esperaba un chico moreno con pecas y ojos más oscuros que los míos.

—Hola, Pepe. Este es el compañero del que te hablé. Como te dije, se llama Fernando y es mi mejor amigo.

Pepe, sin decir nada, me miró y me ofreció la mano.

—¿De dónde eres? —le pregunté.

—De Granada. Hasta ahora había vivido en el barrio de la Chana, al otro lado de la ciudad, pero mi padre ha encontrado trabajo por aquí cerca y nos hemos mudado.

—¿Vas al colegio García Lorca como nosotros?

—Sí, aunque no sé si estaré en vuestra clase.

—A ver si caes con nosotros —dijo Luis.

—A ver —dije yo, no muy convencido de aquella nueva amistad.

Nos fuimos hacia el colegio mientras Luis y Pepe charlaban amistosamente. A mí no se me ocurría mucho de lo que hablar con él, no sé si porque lo conocía poco o por celos ante la posibilidad de ver relegada mi amistad con Luis a un segundo lugar.

El colegio no quedaba lejos de mi casa. Al final de los últimos bloques de pisos y de unas casitas había una cantina que daba por terminada la ciudad. Aquella cantina estaba normalmente llena de borrachos y últimamente corría el rumor de que se traficaba con droga allí. A mí no me gustaba y trataba siempre de pasar por la acera de enfrente para evitar su puerta. Después de ella había una pequeña carretera comarcal con un arcén pequeño, al borde de una acequia maloliente, que pasaba justo por la puerta de nuestro colegio. Este era antiguo y los profesores, exigentes, pero eso último les gustaba a mis padres, aunque a mí no tanto, siempre nos enviaban a casa con muchas tareas y eso limitaba mi tiempo para estar en las calles y disfrutar recorriéndolas. Aún las recuerdo, todas aquellas callejuelas y rincones del viejo barrio y a veces, sin que se enteraran mis padres, otros barrios de la ciudad.

El primer día de cole siempre me agradaba, conocía a nuevos compañeros y profesores que te hablaban de sus asignaturas antes de empezar a es-

tudiarlas, lo cual me ilusionaba; además, el olor de los libros nuevos y el misterio de su contenido eran para mí un aliciente cada comienzo de curso, cosa que luego se iba diluyendo con el paso del tiempo entre las exigencias de los educadores y, a menudo, la desilusión de la materia en sí. Ese año lo más importante a destacar era la cantidad de compañeros repetidores, hasta de dos años, de manera que unos estábamos entrando en la pubertad mientras que otros andaban ya dejándola, y eso hacía que algún chaval nos sacara una cabeza de altura y un palmo de hombros también, lo que provocaba situaciones difíciles cuando te cruzabas en el camino de uno de esos repetidores.

En el rato del recreo quedé con Luis para charlar e ir a ver a las nuevas chicas que habían llegado al colegio, pero apareció de nuevo Pepe. «Creo que no me voy a poder librar de este», pensé.

—¿Sabéis que puedo construir una nave espacial parecida a las de las películas? —mencionó mientras dábamos una vuelta por las instalaciones para mirar a las alumnas.

—¡Qué guay, se ve que sabes mucho!
—exclamó Luis.

La respuesta no me gustó nada: hasta ese momento yo era quien partía el bacalao en nuestro pequeño grupo de dos y ahora había otro que competía por el liderazgo.

—¡Eso es una chorrada! —contesté con sorna.